

# U

## UNIDAD DE VIDA

1. Los fundamentos de la unidad de vida.
2. Aspectos de la unidad de vida.
3. Identificación con Cristo.

En una homilía que san Josemaría Escrivá de Balaguer pronunció en la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, recordaba: “Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas”. Y, enseguida, dirigiéndose con gran fuerza a la multitud que le escuchaba, añadió: “hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser en el alma y en el cuerpo santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales” (CONV, 114).

El concepto de “unidad de vida” que desarrollan esas palabras fue uno de los aspectos centrales de la vida y enseñanzas de san Josemaría. Con una profundidad y una fuerza poco comunes, vivió y explicó esta característica de la vida cristiana vivida en plenitud: la armonía, la consonancia, el empaste coral, la interacción

y la unidad en que deben confluir los diversos aspectos de la vida de un cristiano y de sus variadas y múltiples actividades, cuando, movido por la gracia y la caridad, están dirigidas objetivamente e intencionalmente a un único fin. Y esto –aquí radica en gran parte su originalidad–, referido a todos los cristianos, en particular al cristiano corriente que vive en el ajetreo de las circunstancias ordinarias en medio del mundo.

En esta voz se glosan algunos aspectos de esta noción y de esta realidad. Sólo se consideran los aspectos más fundamentales, pues, bajo la expresión “unidad de vida”, podría tratarse de toda la existencia cristiana. Dos textos del fundador del Opus Dei pueden servirnos de base para realizar este breve análisis: “La fisonomía espiritual propia del Opus Dei –enseñará con fuerza el fundador– se caracteriza por la perfecta unión del aspecto ascético con el apostólico, que están armónicamente fundidos y compenetrados con el carácter secular de la Obra y con la condición también secular de sus miembros”. Esta fisonomía espiritual “se manifiesta especialmente en la unidad de vida, sencilla y fuerte, de los fieles del Opus Dei, que crea en sus almas la necesidad y como el instinto sobrenatural de purificar todas las acciones, de elevarlas al orden de la gracia, de santificarlas y de convertirlas en instrumento de apostolado” (cfr. *Statuta*, 79, 80; cfr. *ibidem*, 113)

## 1. Los fundamentos de la unidad de vida

### a) *El designio divino*

Los planes de Dios sobre el hombre presentaban desde el principio –es decir, en la situación del Paraíso– una perfecta unidad de vida, edificada sobre la armonía de todas las fuerzas humanas, y sobre la gracia sobrenatural, como principio de una vida superior, que perfeccionaba y elevaba todo lo humano natural, y hacía posible que el hombre se dirigiese en todos sus actos al fin último sobrenatural. Por este motivo, comenta santo Tomás, Dios concedió al hombre “el auxilio de la justicia original por cuya virtud, si la mente del hombre se sometía a Dios, se le someterían totalmente las fuerzas inferiores de su cuerpo, de modo que nada le dificultara tender totalmente a Él” (qq. *De Malo*, 5, a.1, c).

Sin embargo, aun en aquella situación, la unidad era para el hombre una meta y una tarea, en razón de su libertad: “Dios hizo al hombre desde el principio y lo dejó en manos de su libre albedrío” (Si, 15, 14). A la unidad entitativa de la persona y a la armonía –natural, preternatural y sobrenatural– de todos los principios operativos fundados en la naturaleza y en la gracia, el hombre debía añadir la unidad dinámica existencial, mediante la permanente elección libre del único verdadero fin último: la glorificación de Dios por el conocimiento y el amor.

Cuando Adán pecó, al rebelarse su voluntad contra la de Dios, se desencadenó a la vez una rebelión en sus fuerzas inferiores; la armonía humana quedó profundamente herida (cfr. S.Th., I-II, q. 82, a. 4). Si, al principio, la unidad era tarea y meta para el hombre en razón de su libertad, después del pecado original –es decir, en la condición actual de la naturaleza caída– esta unidad se nos presenta como tarea también por un nuevo motivo: por la división y desarmonía dejadas en el hombre por el pecado original, aun después de perdonado.

Además, como otra fuente de discordancia interior, el mundo material se tornó hostil al hombre (cfr. Gn 3, 17-18). En adelante, la reconstrucción de la unidad, de esa armonía interior humana, sería condición de la reordenación de la entera creación. Solo la gracia –que nos ha ganado Jesucristo–, al sanar y elevar la naturaleza, restituye al hombre un principio de unidad capaz de hacer posible que todos los actos se encaminen al fin sobrenatural. Para esto, junto con la gracia, el cristiano recibe las virtudes infusas, y particularmente la caridad, fuente próxima de los actos sobrenaturales que le unen efectivamente con Dios y “forjan así la unidad de la existencia humana” (SAN CLEMENTE ROMANO, *Ep. ad Cor.*, I).

A esta creciente unidad entre las potencias espirituales, que se deriva de la caridad, sigue el mayor dominio del alma sobre las fuerzas sensibles: la voluntad, bajo el imperio de la caridad, se enseñoorea cada vez más de todas las energías, y el hombre adquiere esa “unidad de vida, sencilla y fuerte, que le hace sentir –como se dijo al inicio– la necesidad y como el instinto sobrenatural de purificar todas las acciones, elevándolas al orden de la gracia, de santificarlas y de convertirlas en instrumento de apostolado”.

### b) *Correspondencia a la gracia*

Pero la gracia sola no basta. Después de la restauración de la naturaleza humana, el hombre continúa siendo libre, y además esa restauración no es total. Para realizar la unidad de vida, es decir, para encaminar todos los actos al fin último sobrenatural, debe cooperar libremente con la gracia. Esta cooperación no se realiza sin esfuerzo personal, sin lucha contra las tendencias desordenadas que la naturaleza humana ha heredado con el pecado original. Por eso, Dios “nos pide lucha” (ECP, 114). Es una “lucha ascética, íntima, que cada cristiano debe sostener contra todo lo que, en su vida, no es de Dios: contra

la soberbia, la sensualidad, el egoísmo, la superficialidad, la estrechez de corazón” (ECP, 73). De ahí que, en este mundo, la armonía de nuestras facultades, la unidad de vida que se deriva de la gracia, está *in fieri*, como poder y fuerza para alcanzarla, y ha de actuar mediante la cooperación personal, quitando los obstáculos a la gracia de Dios, negando el propio egoísmo.

En consecuencia, puede decirse que la lucha interior es una tarea de construcción de la unidad de vida, secundando la obra de la gracia. Inicialmente, se requiere una multiplicidad de prácticas ascéticas que parecen dispersas; pero esta aparente complejidad de composición y agregación –que en realidad es siempre unitaria respecto al fin– se resuelve en una unidad más alta. Al crecer en gracia, el alma pasa del empeño por añadir y sumar a una unidad superior que abarca más, de modo que esos actos, que al principio parecían dispersos, van estando cada vez más explícitamente informados por la caridad, hasta que llega un momento en que el alma no los experimenta como diversos (cfr. AD, 296).

### c) *Rectitud de intención*

La lucha del cristiano por corresponder a la gracia en los más diversos campos de su actividad se inicia por la decisión firme y operativa de identificar su voluntad con la de Dios. De esta identificación se sigue –análogamente a como el pecado provocó la disgregación– una creciente armonía de todas sus potencias, que acaban por encontrarse en la búsqueda incesante de Dios.

Así, la unidad de vida se va forjando mediante ese querer exclusivo del orden a Dios como Fin Último, en cada acción; esto es lo que hace buena a la voluntad, otorgando al hombre la rectitud de intención. Por eso, en la enseñanza de san Josemaría, el núcleo de la lucha cristiana por la unidad de vida es sencillo y claro: buscar

siempre y en todas las cosas solamente el amor y la gloria de Dios (cfr. C, 768).

Este vivir en presencia de Dios se convierte así en el “nervio” de la “unidad de vida” (cfr. ECP, 11). De este modo, desaparece el peligro de considerar la referencia personal a Dios sólo como una dimensión diversa y separada de las otras que integran la vida del cristiano. Dicha referencia debe llenar *toda* la existencia personal cristiana que, por recibir su unidad del amor a Dios, es una vida en presencia de Dios; de un Dios que es nuestro Padre. Unidad de vida, plenitud de la caridad, presencia de Dios, sentido de la filiación divina: realidades que, en la enseñanza del fundador del Opus Dei, se nos manifiestan en su más íntima conexión.

## 2. Aspectos de la unidad de vida

Desde esta perspectiva unitaria de la vida cristiana, se descubre la posibilidad concreta de superar algunos dilemas que proceden de la descomposición de las fuerzas naturales por el pecado original y los pecados personales. Son las contraposiciones –natural-sobrenatural, contemplación-acción, santificación personal-empeño apostólico, doctrina-vida, obediencia-libertad, etc.– que nuestra naturaleza herida experimenta de alguna manera, pero que no pueden elevarse a la categoría de principios constitutivos, confundiendo la dignidad de la naturaleza con los síntomas de su parcial corrupción. En las enseñanzas de san Josemaría, la superación de estos dilemas es una consecuencia –natural y necesaria– de la vida cristiana buscada en plenitud: y, por primera vez en la historia de la Iglesia, exigida al cristiano corriente, al hombre de la calle, *no a pesar* de su situación en el mundo, sino *precisamente a través y mediante* esa condición suya en las realidades temporales.

### a) *Lo humano y lo divino*

Entre esas manifestaciones o aspectos de la unidad de la existencia cristiana,

hay que señalar en primer lugar la unión de lo natural y lo sobrenatural, de la naturaleza y la gracia, que no es yuxtaposición, sino sanación, perfección y elevación de lo humano al orden sobrenatural. La enseñanza del fundador del Opus Dei presenta constantemente una visión de encarnación –no de sustitución– de lo divino en lo humano: “Dios nos quiere muy humanos. Que la cabeza toque el cielo, pero que las plantas pisen bien seguras en la tierra. El precio de vivir en cristiano no es dejar de ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes que algunos tienen, aun sin conocer a Cristo. El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere –insisto– muy humanos y muy divinos, con el empeño diario de imitarle a Él, que es *perfectus Deus, perfectus homo*” (AD, 75).

Cristo es el modelo del cristiano también y expresamente en su unidad divino-humana: sin confusión, pero sin separación. La imitación de quien es perfecto Hombre y perfecto Dios, otorga a la unidad de vida un carácter cristocéntrico: “Si, viviendo en Cristo, tenemos en Él nuestro *centro*, descubrimos el sentido de la misión que se nos ha confiado, tenemos un ideal humano que se hace divino, nuevos horizontes de esperanza se abren ante nuestra vida, y llegamos a sacrificar gustosamente no ya tal o cual aspecto de nuestra actividad, sino la vida entera, dándole así, paradójicamente, su más hondo cumplimiento” (CONV, 88).

Bajo esta luz y, sobre todo, desde esta experiencia vivida, no existe el riesgo de caer en dos extremos equivocados: “Cierta mentalidad laicista y otras maneras de pensar que podríamos llamar *pietistas*, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la En-

carnación de Cristo, ignorar que *el Verbo se hizo carne, hombre, y habitó en medio de nosotros* (Jn 1, 14)” (AD, 74).

#### b) *La vida ordinaria*

Al ser “muy humanos y muy divinos”, como expresión de la unidad interior de lo natural y lo sobrenatural, se corresponde externamente otro aspecto capital en la enseñanza y en la vida del fundador del Opus Dei, al que ya desde el inicio de estas páginas se ha hecho necesariamente referencia: la santificación de *todas* las actividades humanas; el encuentro con Dios, el amor a Dios, en todas y cada una de las acciones, por intrascendentes que parecían: “No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca” (CONV, 114).

En la vida humana –toda ella ámbito y materia de la santificación– el trabajo ocupa un lugar de especial relieve. “El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: *ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios* (1 Co 10, 31)” (ECP, 48).

#### c) *Contemplación y acción*

“Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña, para que *vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vues-*

tro Padre que está en el cielo (Mt 5, 16). Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con Él, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enrencia en una unidad de vida sencilla y fuerte” (ECP, 10).

Contemplación y acción, enseña san Josemaría, no se contraponen, sino que se requieren mutuamente. La unidad de vida, en su superación de la disyuntiva entre acción y contemplación, conduce a que los cristianos sean –en frase mil veces repetida por el fundador– “almas contemplativas, en medio de la calle, del trabajo, con una conversación continua con nuestro Dios, que no debe decaer a lo largo del día. Si pretendemos seguir lealmente los pasos del Maestro, ése es el único camino” (AD, 238).

La exigencia de seguir este camino, de superar la dicotomía entre contemplación y acción, se presenta de nuevo como un “seguir los pasos del Maestro”; es decir, como exigencia de la encarnación, como dimensión cristocéntrica del vivir cristiano que, también en esto, se concreta en la imitación más perfecta posible de Aquel –Cristo– que en esta tierra unió en su Humanidad el ser *comprehensor* y *viator* (cfr. S.Th., I, q. 9, a. 13).

#### d) Santidad y apostolado

La superación, no sólo teórica sino también práctica, de la posible contraposición entre ocuparse del propio perfeccionamiento y dedicarse al servicio de los demás –al apostolado–, surge de nuevo de la visión hondamente cristiana de todas las cosas; de una visión que parte del misterio de Cristo: “No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra *ut omnes homines salvi fiant* (cfr. 1 Tm

2, 4), para salvar a todos los hombres. Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres” (ECP, 106). No es posible, pues, tampoco en nosotros, separar nuestro ser de hombres “divinizados” (santificación) de la función de corredención (apostolado). Esta necesaria unidad entre santificación personal y apostolado es exigencia de la caridad, que es constitutivamente una única virtud, que hace posible el amor sobrenatural a Dios y a los hombres por Dios (cfr. S.Th., II-II, q. 66, a.6, c).

Si la propia santificación y el apostolado son inseparables, como la santificación es tarea constante, en todo momento y en toda actividad, resulta que todo en la vida cristiana es también apostolado. No es éste una actividad cristiana entre otras, sino una dimensión de la entera existencia del cristiano consecuente con su vocación. “El apostolado, esa ansia que come las entrañas del cristiano corriente, no es algo diverso de la tarea de todos los días: se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo” (AD, 264).

### 3. Identificación con Cristo

Después de este breve recorrido por las enseñanzas del fundador del Opus Dei acerca de la unidad de vida, resulta patente que podrían desarrollarse mucho más los diversos aspectos que, en estas páginas, han sido apenas apuntados. Además, se podrían haber considerado otros; por ejemplo: la unidad entre magnanimidad y humildad, entre pobreza y magnificencia, entre fortaleza y caridad, entre infancia espiritual y madurez humana, entre libertad y obediencia, entre doctrina y vida, etc. Como ya se anotaba al inicio, la unidad de vida atañe, por definición, a todos los aspectos de la existencia cristiana.

Para terminar, parece oportuno considerar de nuevo la esencia cristocéntrica de la unidad de vida en todas sus manifesta-

ciones. La plenitud cristiana es plenitud de la caridad (cfr. Col 3, 14), y ésta confiere una plena unidad a la vida natural y sobrenatural del cristiano, que llega a ser efectivamente una, precisamente porque “*Cristo vive en el cristiano*. (...) La vida de Cristo es vida nuestra” (ECP, 103). Esta identificación con Cristo es obra de Dios en nosotros: “La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y *consummati in unum* (Jn 17, 23), hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: *signo de unidad, vínculo del Amor* (*In Ioann. Ev. tract.*, 26, 13)” (ECP, 87).

Por eso, la lucha interior por identificarnos con Jesús consiste en ir “dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!” (ECP, 104). La unidad de vida se nos manifiesta así como imitación o, mejor, participación en la suprema unidad de lo divino y lo humano realizada en la Encarnación del Hijo de Dios, en Cristo, en Quien se cumple la perfecta y definitiva Alianza entre Dios y el hombre, entre el Cielo y la tierra (cfr. LG, 9).

La Santa Cruz ocupa un lugar central en la obra de la Redención y, en consecuencia, en la identificación de cada uno con Cristo. “Cuando luchamos por ser verdaderamente *ipse Christus*, el mismo Cristo, entonces en la propia vida se entrelaza lo humano con lo divino. Todos nuestros esfuerzos –aun los más insignificantes– adquieren un alcance eterno, porque van unidos al sacrificio de Jesús en la Cruz” (VC, X Estación) y, por la identidad sustancial del Sacrificio del Calvario con el Sacrificio de la Eucaristía, “el Fundador del Opus Dei considera la Santa Misa *el centro y la raíz de la vida cristiana*. No es un hecho que pasa, sino realidad sobrenatural y perenne, que empapa todos los momentos del día”

(DEL PORTILLO, “Presentación”, en ECP, p. 14; cfr. PO, 14). La Misa es raíz necesariamente, en cuanto en ella se renueva el Sacrificio de la Redención y se contiene todo el bien de la Iglesia. Pero además, debe ser centro alrededor del cual gira –como polo de atracción y de donación de sentido– cada instante de la existencia. De esta forma, se llega a alcanzar una unidad de vida consistente en que la entera existencia del cristiano sea, en cierto modo, una Misa: se trata de conseguir, como decía san Josemaría, que la “vida entera se convierta en una continua alabanza a Dios: oración y reparación constantes, petición y sacrificio por todos los hombres. Y todo esto, en íntima y asidua unión con Cristo Jesús, en el Santo Sacrificio del Altar” (*Carta 28-III-1955*, n. 4: AGP, serie A.3, 94-1-1).

Es voluntad de Dios que su Madre, María Santísima, sea Mediadora de nuestra identificación con Jesús, de modo que quien es Madre de Cristo según la naturaleza humana, sea también Madre –según la gracia– de todos los hombres, llamados a ser *ipse Christus*. Ella, en efecto, “cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella Cabeza, de la que es efectivamente Madre según el cuerpo” (SAN AGUSTÍN, *De sanc. Virg.*, 6). Por tanto, el trato, la devoción, el amor a la Santísima Virgen no es algo yuxtapuesto a la esencia cristocéntrica de la vida sobrenatural, sino que fortalece la unidad de vida centrada en el amor a Dios en Cristo. Como recomendó de mil formas Mons. Escrivá de Balaguer, con su palabra y con su ejemplo, “si buscáis a María, encontraréis a Jesús” (ECP, 144).

*Voces relacionadas:* Contemplación; Filiación divina; Identificación con Cristo; Presencia de Dios; Santa Misa; Santidad, Llamada universal a la; Trabajo, Santificación del; Vida ordinaria, Santificación de la.

**Bibliografía:** *Statuta Operis Dei* o *Codex iuris particularis seu Statuta Praelaturae Sanctae Crucis et Operis Dei*, en OIG, pp. 309-346 y en

IJC, pp. 628-657; CCE, nn. 2083-2550; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, I-III, Madrid, Rialp, 2010-2013; José Luis ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007; Raúl LANZETTI, "L'unità di vita e la missione dei fedeli laici nell'Esortazione Apostolica Christifideles laici", *Romana. Bollettino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, (1989), pp. 300-312; Fernando OCÁRIZ BRAÑA- Ignacio DE CELAYA URRUTIA, *Vivir como hijos de Dios. Estudios sobre el Beato Josemaría Escrivá*, Pamplona, EUNSA, 1993; Álvaro DEL PORTILLO, "Homilía en la iglesia de San Geronimo della Carità, con motivo del inicio del año académico 1985-1986 del Centro Académico Romano de la Santa Cruz. Roma (15-X-1985)", *Romana. Bollettino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 1 (1985), pp. 68-70.

Ignacio DE CELAYA

## UNIVERSIDAD

1. San Josemaría, universitario. 2. Su modo de entender la universidad. 3. El amor a la verdad y la investigación científica. 4. La educación superior y la preparación profesional. 5. El ambiente universitario. 6: La promoción de instituciones universitarias.

En una entrevista concedida en 1967, el fundador del Opus Dei se reconocía "persona que desde los dieciséis años –ahora tengo sesenta y cinco– no ha perdido el contacto con la Universidad (...) me considero universitario: y todo lo que se refiere a la Universidad me apasiona" (CONV, 76-77). Estas palabras no sólo permiten iniciar esta voz con un texto de singular importancia, sino que ofrecen el esquema para la exposición que se debe desarrollar: la condición de san Josemaría como universitario y su doctrina sobre la universidad.

### 1. San Josemaría, universitario

San Josemaría fue un gran universitario: vivió la universidad, conoció a fondo sus virtudes y sus problemas, tuvo un modo de entenderla y promovió universi-

dades y otras instituciones universitarias. Durante sus años de estancia en Zaragoza para realizar los estudios eclesiásticos de Teología (1920-1924) y dar comienzo a su labor sacerdotal (1925-1927), cursó en la Universidad de Zaragoza los estudios civiles de Derecho (1922-1927). Sacerdote secular y licenciado en Derecho, se trasladó a Madrid en 1927 para hacer los estudios de Doctorado en la Universidad Central, única que por entonces podía conferir ese grado. En una y otra ciudad, además de dedicarse a sus tareas pastorales, participó en la vida universitaria, enseñó Derecho Canónico y Derecho Romano a estudiantes universitarios en academias privadas, entabló amistad con profesores de las dos universidades y adquirió gran conocimiento y amor a la universidad (cfr. AVP, I, pp. 232, 267-273, 289, 310).

Cuando el Señor le hizo ver en Madrid (2-X-1928) que le quería como instrumento para hacer realidad el Opus Dei, se dedicó plenamente a esta misión y dejó en muy segundo plano la tesis doctoral (cfr. AVP, I, pp. 325-328), que pudo presentar por fin, después de los duros avatares de la Guerra Civil, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, en la que obtuvo el grado de Doctor en Derecho (18-XII-1939) (cfr. AVP, II, p. 430). Enseñó también Ética y Moral Profesional para periodistas (1940-1941). Algunos que admiraban sus condiciones personales le animaron a que aspirara a una cátedra universitaria, pero desechó esa posibilidad para entregarse por entero a lo que Dios le había encomendado. Con este fin, se relacionó en su labor sacerdotal con toda clase de personas, aunque vio muy pronto conveniente, para la expansión y continuidad del Opus Dei, que muchas de ellas debían ser estudiantes y graduados universitarios; esto mantuvo muy vivo su conocimiento e interés por las cuestiones universitarias. De hecho, las primeras labores apostólicas corporativas fueron para estudiantes universitarios, aunque seguía atendiendo a otras personas. Al trasladar su residencia a Roma en 1946,

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.